

a él sin banalizar el tono y estilo de Cartagena, ni perder al mismo tiempo la naturalidad en la expresión castellana.

La factura del volumen es excelente, tanto del punto de vista material como tipográfico; las inevitables erratas que se advierten son escasísimas y todas de menor entidad (por ejemplo, p. 198 s.v. González Rolán & Saquero Suárez Somonte 2000, donde dice “studio” léase “estudio”; ibíd., s.v. González Rolán & Saquero Suárez Somonte 2012, donde dice “colbaroación” léase “colaboración”; p. 207 s.v. Rüegg donde dice “Munich” léase “Múnich”); la presentación de la edición es pulida y sin errores.

Cartagena era de la opinión de que “las prefaçiones aprovechan mucho e ayudan a entender los libros” (p. 234). Los autores del presente volumen lo saben bien (cfr p. 187): a los dos primeros se debe el espléndido *Traducción y elementos paratextuales: los prólogos a las versiones castellanas de textos latinos en el siglo xv. Introducción general, edición y estudio* (Madrid, 2014), un trabajo clave para la comprensión de la traducción y la recepción de los clásicos en la Castilla del s. xv. Con este nuevo volumen, González Rolán, López Fonseca y Ruiz Vila nos brindan al mismo tiempo el mejor complemento al estudio precedente, la más actualizada introducción a la figura de Cartagena, y una antología de textos del obispo de Burgos editada con absoluto rigor filológico y del mayor interés para historiadores, especialistas en literatura medieval y renacentista, y filólogos clásicos interesados en la recepción y lectura del mundo clásico en el s. xv castellano.

Universidad Complutense de Madrid

Álvaro CANCELA CILLERUELO
alvarocancela@ucm.es

Concepción CABRILLANA LEAL (introducción, traducción y notas), *Tomás Moro. Cartas de un humanista* [Primera parte], Madrid, Rialp, 2018, 184 pp. ISBN 978-84-321-5043-2.

Las cartas de los humanistas del Renacimiento no suelen estar sometidas a la fugacidad de lo efímero. Partiendo de un motivo circunstancial, los autores enmarcan su mensaje en un contexto cultural amplio, en el que los clásicos son la referencia más importante. Si la difusión del humanismo exegético más allá de los Alpes fue mérito de Desiderio Erasmo, ciertamente su brillo se intensificó muchísimo con aquella excelente amistad del Rotterodamo con Tomás Moro y con Juan Luis Vives. Por eso, cualquiera de los tres autores concita inmediatamente la atención de los lectores interesados en conocer esta etapa de la cultura europea.

La profesora Cabrillana nos presenta de una manera sobria tres cartas fundamentales para perfilar el pensamiento de Tomás Moro y comprender mejor, tanto su erudición, como su actitud abierta hacia los que participaban de sus mismas inquietudes intelectuales. Se observa así una adecuación entre el título y

el contenido de este libro, pues la humanidad de Moro resalta en las líneas de sus cartas –técnicamente muy bien construidas– con una sorprendente sensibilidad.

Por otro lado, la traductora presenta su labor resaltando, ante todo, la calidad del original, en cuanto muestra de un neolatín, aprendido y perfilado con la lectura de los antiguos. El mismo Moro desprecia el uso de los que han conocido la lengua ausonia tan solo con la gramática de Villadei, la *Cornucopia* de Perotti y el diccionario de Calepino (p. 78). En distintas notas a pie de página se avisa oportunamente a los lectores de algunas características de la lengua del humanista inglés. De esta manera, la traducción incentiva la lectura del texto escrito por Moro. Además, estas observaciones nos permiten considerar la imitación del léxico, que no se limita al vocabulario ciceroniano, sino que admite los giros de la comedia latina arcaica, los versos ovidianos o las expresiones de los textos patrísticos. En las notas referentes al uso lingüístico, el vocabulario empleado por Moro se contrasta con la consulta al léxico de Hoven, aunque tal vez se podría haber conseguido más información en los vocabularios de la época. Con gran cuidado se registran las construcciones sintácticas menos comunes; las condiciones propias de la redacción del original se trasladan respetando la amplitud de los párrafos y frases del texto de partida, ponderando lo que se pudiera apartar de la costumbre de la prosa culta.

En ocasiones, la agudeza de Moro en el uso de la lengua latina se desvela al comprobar cómo se densifica la expresión en algunos pasajes, con una deliberada intención del autor. Algunos de estos breves comentarios de la traductora en las notas dejan patente la ironía que delicadamente deslizan las palabras de Moro. En todo caso, aportan una contextualización necesaria en la lectura de unas cartas producidas en un universo intelectual muy distinto al nuestro de hoy.

Lo dicho hasta ahora sobre el estilo no desmiente la capacidad de Moro para defender su coherencia, a sabiendas de que cualquier palabra de su texto podría llegar más allá de su país y de su círculo de amistades. En tanto que recreación del ambiente intelectual, la traducción subraya la circunstancia en la que escribió cada carta, y que se reconstruye en rasgos generales a lo largo de las primeras páginas introductorias. Impresiona en las líneas escritas por Moro su falta de temores y complejos a la hora de defender lo que cree auténtico y justo. La aproximación al destinatario es audaz, y, por encima de las convenciones retóricas –que conoce muy bien– se dirige a él de una manera muy directa, tanto en preguntas retóricas como en apelaciones a su prudencia.

Con una bibliografía escogida, la profesora Cabrillana apunta aquellas publicaciones que arrojan luz sobre la lengua del escritor inglés, las ediciones de su correspondencia y algún artículo de investigación sobre las cartas que traduce. El objetivo de acercar el texto a la lengua castellana no desmerece una publicación realizada con los requisitos de un estudio especializado, al tiempo que satisface la curiosidad del lector medio.

La defensa de Erasmo en la carta a Van Dorp despliega el abanico de registros expresivos del respeto intelectual, revestidos de las galas de la amistad. Si al

principio de la carta Moro se hacía de nuevas sobre las opiniones de Van Dorp, después trataba de arbitrar la rivalidad entre los dos holandeses. Un motivo no menor de su enfrentamiento era la formación en las disciplinas del *Trivium*, cuando el nominalismo inglés se mantenía en las universidades, mientras que el escolasticismo parisino, fuerte en los estudios de Lógica, les parecía muy ajeno. De todas maneras, Moro muestra su preparación en estas materias en la carta, más como argumento de refuerzo de su posición académica, que por una decidida intención de ahondar en la crítica contemporánea de Aristóteles.

Además, el discurso de Moro llegaba más adelante a la cuestión de la exégesis bíblica, en la que Erasmo destacaba por su independencia doctrinal y por su modo de aplicar el método filológico. El tema de la traducción del texto sagrado llevaba aparejada la distinción de las diferentes tradiciones, en especial, la hebrea y la del texto griego. Aunque no es un propósito de la carta discutir la autenticidad de ninguno de sus testimonios en particular, dedica un espacio considerable a esta cuestión. El carácter jovial del humanista inglés destacaba –también con este motivo– por la amenidad de su exposición, en la que introducía cambios de ritmo y algunas anécdotas, verdaderas o fingidas, pero eficaces para dulcificar la crítica a Van Dorp. La inquietud por el malestar de algunos teólogos, sustrato de las sátiras de Van Dorp, está claramente moderada con la sabia medida de Moro.

En cambio, la breve carta a los profesores de Oxford comenzaba en el tono del estilo oratorio, precedido de las alocuciones del tratamiento académico. Contra lo esperado en un discurso de tema más concreto, Moro rápidamente centraba la atención sobre un aspecto de la actividad desarrollada por los profesores, como es el que atañe al cultivo de la lengua griega en la Universidad. Los argumentos se presentaban con una gran claridad, evitando mencionar por sus nombres a aquellos que, con sus manifestaciones en público y sus actitudes intolerantes, habían motivado la carta.

De la gran variedad de registros estilísticos de Moro daba buen testimonio la tercera carta, recogida con las anteriores en esta publicación. Además, la lealtad a su rey y a su país que no había dejado de mencionar en distintos casos, encuentra una ocasión más ajustada frente al nacionalismo de Germain de Brie. La beligerancia del francés no adquiriría un gran vuelo en la réplica de Moro. Estratégicamente, el inglés adelantaba su consideración sosegada de la inutilidad del enfrentamiento, siquiera dialéctico, por una obra poética. La composición poética criticada recreaba una batalla en la que concurrieron ambas armadas bajo banderas opuestas. Pero Moro, que había asumido en varios epigramas con cierto desagrado la versión de De Brie, tuvo que sufrir los comentarios del *Antimorus* del francés, y, después de publicar esta obra junto con su réplica, la aprovechaba para dirigir por fin a su autor una nueva crítica, desde una perspectiva literaria, en esta carta. La comparación de la obra de De Brie con los clásicos, le ofrecía una ocasión de proyectar la tradición, al tiempo que la relacionaba con la producción poética contemporánea. Por otra parte, esta rivalidad es un campo abonado para la invectiva. Por eso Moro, habida cuenta del sesgo que tomaba la

situación, barajaba las posibilidades de la epistolografía, como género literario adecuado al retrato de las iras, los temores y las esperanzas de los destinatarios, de una manera abierta y persuasiva.

En el apartado correspondiente de la introducción se fijan de manera explícita algunos límites a la traslación de la sintaxis del texto original, pero, además, la traductora parece haber ejercido una atenta vigilancia sobre el texto castellano con el fin de que mantenga su consistencia. De este modo consigue la imagen patente de una escritura compleja. En algún pasaje, la traductora ha considerado oportuno avisar al lector de una licencia respecto al original (por ejemplo, la conveniencia de suplir una elipsis que se entendía solamente en el discurso latino, en n. 90, p. 77). En cuanto a las figuras, el recurso retórico de Moro a la *auxesis*, con las correspondientes relaciones de lo mayor y lo menor, los contrarios, lo posible, lo excepcional, y el detalle de un relato mitológico, que pueden extrañar al lector moderno, se trasladan con fidelidad. También tienen cierto relieve los juegos de palabras que se concentran en algunos pasajes de las cartas. En este sentido, la traductora destacaba la dificultad de un pasaje en el que Moro parodiaba los juegos de palabras de De Brie con su apellido, buscando integrar también en ellos el nombre mismo del francés, Germain (n. 75, p. 162). Además, esta última carta ha exigido de la traductora un contraste con el escrito polémico que la motiva, el *Antimorus* (como se observa en la n. 96, p. 173).

En el caso de la carta a Van Dorp, la traductora ha decidido conservar la traslación literal del apelativo de las autoridades en los textos eclesiásticos y filosóficos a partir del siglo XIV «*divus*», que en nuestra costumbre idiomática actual se traslada por san o santo (*divus Thomas*, *divus Hieronimus*, santo Tomás, san Jerónimo). También ha preferido respetar la imprecación «¡por Hércules!» respecto a otras expresiones castellanas enfáticas posibles. Alguna vez ha recurrido a interjecciones equivalentes en el reflejo de la indignación, como «diantre» (n. 46, p. 55). Realmente, en ocasiones se hace difícil emplear los signos de puntuación de nuestra costumbre escrita para trasladar el pensamiento contenido en el texto original, sean las pausas, los paréntesis o los guiones, útiles para jerarquizar los distintos niveles en que se articula un párrafo (por ejemplo, pp. 59-60; p. 96). Meritoria es, sin duda, la decisión de adoptar alguna lectura diferente a las ediciones más difundidas de las cartas (como en n. 111, p. 88).

Recordemos, por último, que se trata de la primera traducción al castellano de estas piezas de la producción epistolográfica de Moro, escritas entre 1515 y 1520. Están escogidas por su interés, tanto para el conocimiento de este movimiento cultural del humanismo fuera de Italia, como para descubrir el efecto que tuvo en la promoción intelectual de un jurista cortesano, que, a diferencia de otros humanistas, no era un preceptor en la corte, sino un consejero del rey. La publicación traslada al lector con bastante cuidado la habilidad que había adquirido Moro en hacer de la lengua latina un instrumento dócil a su pensamiento. Las implicaciones contextuales han sido resueltas por la profesora Cabrillana a partir de la edición de la obra completa y de la investigación de las

fuentes textuales, teniendo en cuenta varias traducciones al inglés. Sobre este trabajo de documentación, se presenta una traducción fiable de estas espléndidas muestras de la epistolografía de modelo clásico.

Universidad de León

María Asunción SÁNCHEZ MANZANO
asanm@unileon.es

Dictionarium Latinum Andrologiae, Gynecologiae et Embryologiae ab Antiquitate usque ad XVI saeculum (DILAGE). Diccionario latino de Andrología, Ginecología y Embriología desde la Antigüedad al siglo XVI (DILAGE), Barcelona-Roma, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales. Textes et études du Moyen Age, 74, 2018, LII+1045 pp. ISBN 978-2-503-58163-7

No son muchas las ocasiones en que se puede acometer la privilegiada tarea de contribuir a difundir entre la comunidad científica una obra de aliento tan gigantesco y de ejecución tan admirable como el DILAGE que ahora presentamos, cuando aún está por así decirlo recién salido del horno. Es preciso dar cuenta desde el primer momento del equipo de investigadores que, bajo la experta y eficaz dirección del profesor Enrique Montero Cartelle y de la revisión general de Miguel Ángel González Manjarrés, lo han hecho posible: Alberto Alonso Guardo (A.G.), José Pablo Barragán Nieto (B.N.), José Ignacio Blanco Pérez (B.P.), Pedro Conde Parrado (C.P.), Virginia de Frutos González (F.G.), María del Carmen Fernández Tijero (F.T.), Alejandro García González (G.G.), Miguel Ángel González Manjarrés (G.M.), María Cruz Herrero Ingelmo (H.I.), Enrique Montero Cartelle (M.C.), Ana Isabel Martín Ferreira (M.F.), Joaquín Pascual Barea (P.B.), María Jesús Pérez Ibáñez (P.I.), Cristina de la Rosa Cubo (R.C.), Victoria Recio Muñoz (R.M.), Anastasio Rojo Vega (†) (R.V.), Sara Segovia Esteban (S.E.), María Teresa Santamaría Hernández (S.H.) y Concepción Vázquez de Benito (V.B.). Además, han colaborado en calidad de asesores científicos, imprescindibles en una obra tan compleja como esta, Concepción Vázquez de Benito (árabe), María Cruz Herrero Ingelmo (griego) y Anastasio Rojo Vega (†) (medicina). Y, como no puede ser menos en una obra de estas características, a esos nombres hay que sumar el de otras personas e instituciones que han contribuido de una u otra manera a culminar esta tarea; de ellas se da cuenta cumplida también en las páginas (latina y española) de Colaboradores. De este elenco de investigadores cabe decir que se trata de un solidísimo equipo de latinistas, todos ellos sobradamente fajados en el estudio y la edición de los textos médicos de la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento, pues durante años, bajo el marbete de *Speculum Medicinae*, han constituido un “Grupo de Investigación Reconocido” por la Universidad de Valladolid, declarado “Grupo de investigación de Excelencia” por la Junta de Castilla y León, y acreedor de una importante financiación –en reiteradas convocatorias– por parte de los organismos nacionales y autonómicos responsables de la investigación científica.